

# La piel política: resistir purulentamente<sup>1</sup>

**Santiago Pinzón Alvarado**

estudiante de Doctorado en Antropología de la Universidad de los Andes,  
interesado en élites, masculinidades y deporte, s.pinzon38@uniandes.edu.co

“¿Cómo se explica que en los últimos treinta años ningún hombre haya producido un texto innovador sobre la masculinidad? Ellos son tan locuaces y tan competentes cuando se trata de disertar sobre las mujeres, ¿cómo se explica ese silencio con respecto a sí mismos? Porque sabemos que cuanto más hablan, menos dicen”<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Este texto surge a partir de una investigación autoetnográfica realizada entre el 2016 y el 2018, tratando de reconocer la capacidad que tiene una piel purulenta para producir derivas en una masculinidad dominante (gomela, en mi contexto).

<sup>2</sup> Virginie Despentes, *Teoría King Kong*, (Buenos Aires, España: Editorial Melusina, 2007), 118.

<sup>3</sup> David Le Breton, “Firmar o rasgar su cuerpo: las nuevas generaciones”, en *Disciplinas y prácticas corporales: Una mirada de las sociedades contemporáneas*, (México: Anthropos Editorial, 2010), 72.

Existen otras posibilidades políticas de la piel que sobrepasan el esencialismo de esta como pigmento. La piel, hoy en día, no puede seguir asumiéndose como un órgano inepto, coloreado: se fija y se estira, se exhibe a los ojos para ser vista pero también se aproxima a lo ajeno para mirar, con su tacto. Espacio liminal animado, intersticio entre el sujeto y el mundo y mapa en constante trazo, como la huele David:

La piel conserva, como si se tratara de archivos, las huellas de la historia individual, como un palimpsesto del cual sólo el individuo posee la clave: cicatrices de quemadas, de heridas, de operaciones, de vacunas, de signos grabados, etc. [...] Las marcas corporales son contrafuertes de la identidad, maneras de marcar límites sobre la piel. O a la inversa, encierra al sujeto en una identidad insoportable, de la cual desearía liberarse.<sup>3</sup>

Combativa, mi piel se aseguró de resistir a la gomelidad que se esparcía día a día en el Gimnasio Moderno, un colegio tradicional de Bogotá y reconocido por las clases dirigentes que han estudiado allá durante décadas. El resto de mis órganos hablaban de “marika” y de “weón”, y de a poco iban uniéndose al gomelo ideal, el que acaso fue cómplice del asesinato y la violación sexual que perpetró Rafael Uribe Noguera. Pero, mientras tanto, mi piel resistió y devino una masculinidad desobediente.

Un día cualquiera, la piel perdió su tibieza, su aparente cualidad neutra de piel blanca, impermeable y portadora de un cuerpo

común y corriente, y empezó a liberar numerosas, casi infinitas, protuberancias; granos con puntas blancas y negras, o granos sin puntas, de distinto grosor y altura. Ya una piel semejante había surgido por gringolandia, como lo recuerda Charles:

La adolescencia me sobrevino repentinamente. En el 8°. grado, a punto de alcanzar el 9°. , estalló el acné. La mayoría de los chicos lo padecían, pero no tanto como yo. El mío fue realmente terrible. Era el peor caso de la ciudad. Tenía granos y erupciones en toda mi cara, espalda, cuello e incluso en mi pecho. Me aconteció justo cuando empezaba a ser aceptado como líder y chico duro. Yo todavía era un duro pero ya no era lo mismo. Tuve que retirarme y mirar a la gente desde lejos, como si estuvieran en un escenario. Sólo que ellos estaban en un escenario y yo era el único espectador. Siempre tuve problemas con las chicas, y con el acné se convirtieron en imposibles. Las chicas eran más inaccesibles que nunca.<sup>4</sup>

Pieles actantes que se reflejan. Mi piel también, cuando estaba en octavo (el grado 8°), está siendo sometida a tratamientos dermatológicos. Tengo quince años cuando ¡pum!, mi piel emerge. Al igual que Charles, grano a grano, me convierto en la persona más purulenta de mi universo, y así empiezo a perder mi privilegio como macho alfa, adquirido por ser el chistosito, el matón y un buen jugador de fútbol.

Y es que octavo es un año en el que nuevas prácticas configuran al hombre gomelo ideal. Al fútbol, el humor y el matoneo se

le suma el factor clave de ser exitoso en el consumo de mujeres, aunque caballerosamente se considere como un cortejo. Mara lo dice mejor cuando afirma, después de estudiar la masculinidad por distintas regiones de Colombia:

desde temprana edad, los jóvenes aprenden de sus pares que el más hombre es el que puede jactarse y demostrar ante su grupo de pares su poder de conquista sexual y el que está siempre listo para participar en fiestas, tomando, bailando y demostrando sus habilidades físicas, principalmente.<sup>5</sup>

Pero en ese momento, mi piel se rehúsa a dar ese paso. Lleva ya tres años paseando por distintos consultorios, y en cada consultorio le sucede lo mismo una y otra vez: un esquema que la ensucia, enferma y abyectiza, progresivamente. Devengo enfermedad, emerjo pus, me encierro en un baño del colegio porque ese día mi piel amaneció peor, porque siempre amanece peor.

Recuerdo que de uno a otro dermatólogo, el proceso de abyección de la piel siempre fue el mismo. Primero el jaboncito, el que le advierte a mi piel leves impurezas, contaminaciones listas a ser curadas bajo el ideal de la limpieza. Luego sigue la crema no tan fuerte, porque mi piel ya no está simplemente sucia, sino enferma. Pero no está enferma, sino severamente enferma, por lo que sigue la crema fuerte, que sí arde, que quema y pone rojo, mezclada con pepas. Y por último, porque sé que no será suficiente, se me receta una fórmula magistral: sin dejar las pepas, entro ahora a usar un extraño ungüento que tarda días preparándose en un laboratorio, llega luego a mi apartamento con una etiqueta en la que aparece mi nombre: es la loción elaborada a imagen y semejanza de mi piel, porque no hay piel tan enferma, tan abyecta, como esta.

Mi piel lleva ya tres años obligando a la boca a cerrarse, porque este alimento grasoso y este otro alimento picante producen las erupciones. Tres años complementado la cura del médico con panela triturada, con crema dental y otro montón de menjurjes; tres años mientras escucha que se nos llama “mazorca”, “Freddy Krueger”, “tostaco”, entre otras ridiculizaciones,

y en simultáneo hay una mirada que nos juzga: cómo olvidar la mirada, en apariencia inocente pero realmente juzgante, por estar todavía en ese momento sin filtro en el que no se sabe ser políticamente correcto, esa mirada atenta y prolongada de una niña que le pregunta a su madre, simplemente: “¿por qué tiene él eso en la cara?”.

Por eso mi piel se rehúsa a apostarle a la masculinidad dominante. Por todo lado está enferma, es rara y yo me ayudo a perpetuar esa rareza: me hago el enfermo para no tener que ir al colegio cuando siento que tengo muchos más granos, busco el amparo de la oscuridad y la distancia de ojos ajenos, pero ya no hay salida; aunque mi alrededor pase a veces días enteros sin dar importancia a mi purulencia, mis ojos son los que más condenan a mi piel.

En el mundo-imagen contemporáneo, globalizado, con su expansión tecnológica y audiovisual, el cuerpo se articula crucial como objeto de consumo y deseo: en constante imperfección, feo y envejecido, pide consumir, en aras de alcanzar un inexistente cuerpo cuyo supuesto origen es la región Noratlántica del mundo. Y la piel, que exterioriza potencialmente nuestra corporalidad, e incluso nuestra alma, si es que todavía aquello existe, está más expuesta que el resto de las partes del cuerpo a ser juzgada y tratada.

En esta puesta en escena es que, como he dicho antes, mi piel se abyectiza, se llena de asperezas, con espinillas, granos y Barros. Julia señala como elementos abyectos del cuerpo los orificios, aquellos que menstrúan o producen excremento, o los que se asemejan al excremento, como la infección. Así: ¿qué más abyecto, entonces, que la infección en la piel, capaz de amenazar al conjunto social con numerosas emergencias listas a liberar material infecto, en todo momento y a todas horas?

No en vano, durante las diversas entrevistas en las que me he tomado un café o una cerveza con hombres que en su

<sup>4</sup> Charles Bukowski, *La senda del perdedor*, (Barcelona: Anagrama, 1995), 119.

<sup>5</sup> Mara Viveros, *De quebradores y cumplidores: Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002), 22.

adolescencia fueron diagnosticados con un “acné severo”, noté que todos tuvimos nuestra manera de negar el rostro y así sentirnos en el trayecto. Por ejemplo, siempre al salir de la ducha yo me aseguraba de dejar la luz apagada, porque así mi piel en el espejo reflejaba menos protuberancias, y la claridad de mis ojos no se perdía del todo; Antonio simplemente salía sin mirarse, porque un varoncito no tiene que fijarse tanto en las apariencias; y Jaime, que se había hiper-masculinizado forjando un cuerpo atlético, se aseguraba de quitar el vapor en el espejo de tal manera que pudiera ver su reflejo únicamente del cuello hacia abajo.

Mientras en la televisión y las redes sociales virtuales corren repetidas publicidades ofreciendo jabones que lijan asperezas y quitan la grasa de las pieles masculinas jóvenes, y mi universo gomelo reproduce ese tipo de anhelos enjabonados de ser un lienzo en blanco, sin orificios purulentos, un pequeño grupo de hombres, en reposo, mayores que yo, se reúnen en la sombra de los árboles del colegio, en las esquinas del amplio comedor o en cualquier otro rincón, con numerosas emergencias: brotes de taches y parches, de manchas y huecos, perforaciones y aretes, tatuajes y tatuajes, y los distintivos pelos de colores en forma de cresta.

Nueva oportunidad de devenir, empiezo a buscar canciones de punk, a escucharlas infinitas veces más que las propagandas que mencioné antes, convencido, al menos por un instante, de que en el mundo punkero no importan las apariencias del cuerpo. Por lo tanto, mi piel ya no será señalada. La oscuridad, que antes me acogía en la intimidad del baño, es ahora la norma: el punkero es criatura de la noche. En noches de dejadez y decadencia, de vómito, en un ritual, convencido de que la salud importa un culo, grito canciones, profiero punk, con el corazón, perdón, no con el corazón, sino con la piel, las siguientes frases: “grito a una luna, ilumíname, asesina el sol, ni luz ni calor”<sup>6</sup>; “todo pruebo con tal de alargar mis noches, y por más que quiera, siempre llega el alba, y amanece que no es poco: vuelta al infierno”<sup>7</sup>.

Pero, para equivocación y fortuna mía, a pesar de la apuesta nocturna, en el punk sí importa lo superficial. No se trata de un mundo, sino de un inmundo. La estética noratlántica se revierte, entre más feo más pertenezco. Así, en esta masculinidad alterna, mi piel ya es un ingrediente primordial para devenir, el devenir antigomelo. Si de verse feo se trata, a través de emergencias que desafíen la estética del lienzo blanco, mi piel ya es transgresora y no necesita de tanto artificio o encubrimiento. Con solo mi piel, ya soy dejadez, suciedad y enfermedad.

Audre narra los usos y potenciales del erotismo. Convencida de que se trata de un

recurso femenino, Audre define el erotismo como un recurso poderoso y dotado de energía para el cambio<sup>8</sup>. No puede el erotismo, como ha sucedido, ligarse con la pornografía, pues mientras lo pornográfico es el placer sin sentimiento, el erotismo es el sentir en sí mismo, combinado con la fuerza, el caos de nuestros más fuertes sentimientos. No puede tampoco materializarse una dicotomía entre lo político y lo espiritual, porque lo erótico es el vínculo entre estos, forjando el actuar político siempre bajo el consenso con lo espiritual.

En cambio, la función del eros sí puede visibilizarse en el lenguaje con la frase “esto se siente bien”<sup>9</sup>, cuya expresión representa el empuje de la búsqueda hacia un conocimiento verdadero, pues la plenitud y satisfacción propia están dentro de este conocer. Además, el eros también funciona como “proveedor del poder que se obtiene de compartir profundamente cualquier meta con alguien”<sup>10</sup>, del poder que se obtiene con el compartimiento de la dicha.

Si el eros es todo lo que he dicho anteriormente, y además se puede ejemplificar “en la forma en que mi cuerpo se estira hacia la música y se abre en respuesta, escuchando sus más profundos

ritmos”<sup>11</sup>, como también dice Audre, fue en la arritmia del punk donde mi piel blanca, pero abyecta, pudo generar resiliencia a través del eros.

Mientras el aislamiento se aumentaba en las aulas de clase o en el hogar, para mí, y muchos amigos punkeros, fue en conciertos repletos de gente, en los que nos restregábamos el sudor, donde más pude estallar mi erotismo, pero también fue creciendo entre borracheras y alaridos que, entre más a menudo se daban, más se forjaban dichas compartidas, así como metas: lecturas por escuchar, canciones por leer, protestas por marchar, antiespecismo, anarquía. Fue erotismo puro y duro.

De a poco, como acaso sucede con todo cambio social, sea personal o colectivo, el pus punkero de mi piel brota y abre fisuras a lo gomelo. La piel sigue intentando mapear caminos abyectos a través de las cicatrices que me produjeron y producen mis granos. Como hombres, tendemos a exhibir nuestras cicatrices que nos hemos generado en situaciones riesgosas, aventureras o, peor aún, de guerra. Yo quiero, y por eso mi piel escribe este texto, que empecemos a rastrear las otras cicatrices: las eróticas. ■

<sup>6</sup> Konsumo Respeto. Una noche más. En *Ahora que se ha ido el sol*. PM estudios, 2003.

<sup>7</sup> El Último Ke Zierre. Vuelta al infierno. En *¡Ay, De Mí!* Maldito Records, 2003.

<sup>8</sup> Audre Lorde, “Uses of the Erotic”, en *Sister Outsider: Essays and Speeches*, (Nueva York: Crown Publishing Group, 2007).

<sup>9</sup> Ibid., 56. Traducción propia.

<sup>10</sup> Ibid. Traducción propia.

<sup>11</sup> Ibid., 57. Traducción propia.



